

—¡Anda!—dijo mi abuela encogiéndose de hombros—es menester no tener ningún vicio, y eso es un gran defecto.

Ella murió el 4 de Julio de 1853, á los ochenta y un años.

IV

EL DIENTE

Si se tuviera tan buen cuidado de ocultarse como se tiene de exhibirse, se evitarían muchos disgustos. En los albores de mi vida lo advertí ya.

Era un día lluvioso. Me habían regalado un aparejo de postillón: gorro, látigo, riendas y cascabeles. Tenía muchos cascabeles. Enganché: yo me enganchaba á mí mismo, pues era á un tiempo el postillón, los caballos y el coche. Mi ruta era desde la cocina al comedor, siguiendo el pasillo. Aquel comedor representaba muy bien la plaza de un pueblo. El aparador de caoba, donde hacía el relevo, me parecía, sin ninguna dificultad, la posada del *Caballo Blanco*. El pasillo era para mí un camino con perspectivas variadas y encuentros imprevistos. Relegado en un espacio sombrío, disfrutaba de un extenso horizonte, experimentando entre aquellas conocidas paredes esas sorpresas que son el encanto de los viajes. Sin duda entonces era yo un gran mágico. Evocaba para mis diversiones seres amables y disponía á mi gusto de la naturaleza. Andando el tiempo

tuve la desgracia de perder tan preciosa virtud. Disfruté extraordinariamente aquel día de lluvia en que fuí postillón.

Aquel entretenimiento hubiera debido ser suficiente para mi alegría. ¿Pero estamos alguna vez completamente satisfechos? Deseé sorprender, deslumbrar, admirar á los espectadores. Mi gorro de terciopelo y mis cascabeles, de nada me servían si nadie los admiraba. Como oí á mis padres hablar en la habitación inmediata, entré en ella con gran estrépito.

Mi padre me contempló durante unos instantes; luego, encogiéndose de hombros, dijo:

—Este niño no sabe qué hacer aquí. Es necesario mandarle al colegio.

—Es muy pequeño aún—dijo mi madre.

—Pues le pondrán en los párvulos.

No perdí ni una de aquellas palabras; las que siguieron sólo las oí en parte, y si puedo referirlas exactamente, es porque me las han repetido varias veces desde entonces.

Mi padre añadió:

—A este niño, que no tiene hermanos ni hermanas, se le desarrolla en el aislamiento en que vive una afición á los ensueños que podrá serle perjudicial. La soledad exalta su imaginación, y he observado ya que su cabeza está llena de quimeras. Los niños de su edad que tratará en el co-

legio le ofrecerán experiencias del mundo. Con ellos aprenderá lo que son los hombres; no puede aprenderlo contigo ni conmigo, que para él somos una especie de genios tutelares. Sus camaradas serán para él sus semejantes, á quienes tan pronto hay que compadecer y defender, como persuadir y combatir. Con ellos hará su aprendizaje de la vida social.

—¿Pero no temes que entre esos niños haya también algunos que no sean buenos?

—Hasta los malos le serán útiles si es inteligente, pues aprenderá á diferenciarlos de los buenos, y este es un conocimiento muy necesario. Además, tú verás todos los colegios del barrio y elegirás una casa frecuentada por niños cuya educación corresponda á la que has sabido darle á Pedro. La naturaleza de los hombres es la misma en todas partes; pero su «alimento», como decían los antiguos, se diferencia mucho en unos sitios de otros. Una buena cultura practicada por varias generaciones, produce una flor de extrema delicadeza, y esta flor, que ha tardado medio siglo en formarse, puede perderse en pocos días. Los niños incultos conseguirían con su contacto degenerar, sin provecho para ellos, la cultura de nuestro hijo. La nobleza de los pensamientos viene de Dios; la de los modales se adquiere con el ejemplo y se confirma por herencia:

es más hermosa que la nobleza del nombre; es natural y se prueba con sus propias manifestaciones, mientras que la otra se prueba con viejos papeles que no se sabe cómo descifrar.

—Tienes razón—repuso mi madre—. Mañana saldré á elegir un colegio para nuestro hijo. Lo escogeré como tú has dicho, enterándome de si vive con desahogo, pues las preocupaciones de dinero distraen la imaginación del maestro y agrian su carácter. ¿Qué te parecería un colegio dirigido por una mujer?

Mi padre nada respondió.

—¿Qué te parece?—repitió mi madre.

—Es un asunto que no se puede resolver sin razonarlo.

Sentado en una butaca, delante de su escritorio, examinaba desde hacía unos instantes una especie de huesecito puntiagudo por un lado y desgastado por el otro. Le daba vueltas entre los dedos; seguramente, también le daba vueltas en su imaginación, y desde aquel momento, á pesar de mis bulliciosos cascabeles, ya no existía yo para él.

Mi madre, apoyada en el respaldo de la butaca, seguía la idea que acababa de expresar.

El médico, mostrándole el huesecito, la dijo:

—He aquí el diente de un hombre que vivió en tiempo del mammoth, durante la época de los

hielos, en una cueva desnuda y desolada entonces, y ahora casi por completo cubierta de viñas silvestres y de alhelfes, y al lado de la cual se eleva, desde hace varios años, aquella casita blanca tan bonita, que habitamos durante dos meses de verano el año de nuestro casamiento. Fueron dos meses dichosos. Como teníamos piano, tocabas composiciones de Mozart todo el día, y, gracias á ti, una música espiritual y encantadora, que rebosaba por las ventanas, animaba aquel valle, donde el hombre de la cueva sólo había oído los rugidos del tigre.

Mi madre reclinó la cabeza en el hombro de mi padre, el cual prosiguió de este modo:

—Aquel hombre sólo conocía el hambre y el miedo. Parecía un animal. Tenía la frente aplastada. Los músculos de sus párpados formaban al contraerse arrugas odiosas; sus mandíbulas eran salientes; los dientes avanzaban fuera de su boca. Mira qué largo y puntiagudo es éste.

«Tal fué la primera humanidad. Pero insensiblemente, con lentos y magníficos esfuerzos, los hombres, volviéndose menos miserables, fueron menos feroces: sus órganos se modificaron con el uso. La costumbre de pensar desarrolló su cerebro, y la frente se ensanchó. Los dientes, que ya no se ocupaban en destrozarse carne cruda, crecieron menos largos en la mandíbula menos fuer-

te. El rostro humano adquirió una belleza sublime, y la sonrisa nació en los labios de la mujer.

Al decir esto, mi padre besó en la mejilla á mi madre, que sonreía; luego, alzando con lentitud sobre su cabeza el diente del hombre de la cueva, exclamó:

—Hombre antiguo, cuya ruda y feroz reliquia tenemos presente: tu recuerdo conmueve lo más profundo de mi ser, te respeto y te amo, ¡oh, abuelo mío! Recibe en el insondable pasado donde reposas el homenaje de mi agradecimiento, pues sé cuánto te debo. Sé que tus esfuerzos me han librado de la miseria. Tú no pensabas en el porvenir, es cierto; un tenue resplandor de inteligencia oscilaba en tu alma obscura; sólo pudiste pensar en alimentarte y esconderte. Sin embargo, eras hombre. Un ideal confuso te inclinaba hacia lo hermoso y bueno. Viviste miserablemente, pero no viviste en vano, y la vida tan horrible que tú recibías, la transmitiste á tus hijos mejorada y menos dura. A su vez, ellos, trabajaron perfeccionándola. Todos han puesto sus manos en el arte: uno inventó la piedra de moler, otro la rueda. Todos se han ingeniado, y el continuo esfuerzo de tantos espíritus, al través de los siglos ha producido las maravillas que ahora embellecen la existencia. Y cada vez que inventaban un arte ó fundaban una industria, hacían nacer con eso

mismo bellezas morales, y creaban virtudes. Respetaron á las mujeres, y los hombres apreciaron el valor de la belleza.

Mi padre, dejando sobre el escritorio el diente prehistórico, abrazó á mi madre.

Y seguía diciendo:

—¡Todo se lo debemos á nuestros antepasados, todo, incluso el amor!...

Queriendo tocar aquel diente que había inspirado á mi padre palabras que yo no entendía, me acerqué al escritorio para cogerle. Pero al oír el ruido que hicieron los cascabeles, mi padre volvió la cabeza hacia mí, y mirándome gravemente, dijo:

—La empresa no está terminada; seríamos menos generosos que los hombres de las cavernas, si á nuestra vez, no trabajásemos en preparar á nuestros hijos una vida más segura y mejor de lo que ha sido la nuestra. Para lo cual hay dos secretos: amar y conocer. Con la ciencia y el amor, se hace el mundo.

—Sin duda—dijo mi madre—, pero cuanto más lo pienso, más me persuado de que es á una mujer á quien debe confiarse un niño de la edad de nuestro Pedro. He oído hablar de una señorita Lefort. Mañana iré á verla.

V

LA REVELACIÓN DE LA POESIA

La señorita Lefort, que tenía un colegio para niños de corta edad en el barrio San Germán, consintió en recibirme, de diez á doce y de dos á cuatro. Me había formado de antemano una idea horrible de aquel colegio, y cuando mi criada me condujo á él por primera vez, me creí perdido.

Pero al entrar me sorprendió en extremo ver en una espaciosa habitación cinco ó seis niñas y una docena de niños que se reían, hacían guiños, dando señales de su despreocupación y de su traviesa. Los juzgué muy duchos.

Vi, por el contrario, que la señorita Lefort mostrábase profundamente triste. Sus ojos azules estaban llorosos y sus labios entreabiertos.

Pálidos bucles á la inglesa colgaban á lo largo de sus mejillas, como al borde de las aguas pendan las melancólicas ramas de los sauces. Miraba sin ver, y parecía sumergida en un sueño.

La dulzura de aquella señorita afligida y la alegría de los niños, me inspiraron confianza. Con

la sola idea de que iba á compartir la suerte de varias niñas, todos mis temores se desvanecieron.

La señorita Lefort, después de darme una pizarra y un lápiz, me mandó sentar al lado de un niño de mi edad, que tenía los ojos vivarachos y el tipo fino.

—Yo me llamo Fontanet—me dijo—, ¿y tú?

Luego me preguntó qué hacía mi padre. Le dije que era médico.

—El mío es abogado—respondió Fontanet—, y es mejor.

—¿Por qué?

—¿No comprendes que resulta más lucido ser abogado?

—No.

—Entonces eres tonto.

Fontanet tenía el entendimiento fecundo. Me aconsejó que criara gusanos de seda, y me enseñó una tabla de Pitágoras que había hecho él mismo. Admiré á Pitágoras y á Fontanet. Yo sólo sabía fábulas.

Al marcharme, la señorita Lefort me entregó un premio cuya importancia no me fué posible apreciar. Mi madre me explicó que el no tener utilidad era propio de los honores. Luego me preguntó lo que había hecho durante el primer día. La respondí que había mirado á la señorita Lefort.

Mi madre se burló de mí; pero yo había dicho la verdad. Siempre he tenido cierta inclinación á considerar la vida como un espectáculo. Nunca he sido un verdadero observador; pues la observación exige un sistema que la dirija, y yo carezco de sistema. El observador dirige su vista; el espectador se deja dominar por los ojos. He nacido espectador, y creo que conservaré toda la vida esa ingenuidad de los mirones de las grandes ciudades, á quienes todo divierte, y que conservan en la edad de la ambición la curiosidad desinteresada de los niños. De todos los espectáculos á que he asistido, el único que me aburre es el que se disfruta en los teatros al contemplar la escena. Las representaciones de la vida, por el contrario, me han divertido todas, empezando por la que vi en el colegio de la señorita Lefort.

Continué mirando á mi maestra y confirmárame en la idea de que estaba triste; pregunté á Fontanet de dónde provenía aquella tristeza. Sin afirmar nada positivamente, Fontanet la atribuyó á los remordimientos, y creía recordar que se imprimió súbitamente en los rasgos de la señorita Lefort un día, ya lejano, en que dicha señorita le quitó, sin ningún derecho, un trompo de madera, cometiendo casi en seguida un nuevo atentado, pues para ahogar los quejidos de su víctima le puso la cabeza de burro.

Fontanet concebía que un alma mancillada con tales actos hubiera perdido para siempre la alegría y la tranquilidad; pero las razones de Fontanet no me bastaron y busqué otras.

Era muy difícil, en verdad, entregarse á reflexiones profundas en la clase de la señorita Lefort, á causa del tumulto que allí reinaba sin cesar. Los discípulos se entregaban á grandes combates delante de la señorita Lefort, visible, pero ausente. Sin cesar cruzaban el aire catecismos y cortezas de pan que al caer sobre las mesas, producían un ruido crepitante que estremecía el ambiente de la sala. Solamente los más pequeños, con los pies entre las manos, la boca abierta y la lengua fuera, miraban silenciosos al techo, sonriendo pacíficamente.

De pronto, la señorita Lefort, tomando parte en la contienda, con aspecto de sonámbula, castigaba á algún inocente; luego se encerraba en su propia tristeza como en una torre. Reflexionen ustedes, se lo ruego, en el estado de ánimo de un niño de ocho años, que en medio de aquella incomprendible agitación escribe durante seis semanas en una pizarra:

El hambre llevó á la tumba á Malfilatre ignorado.

Era mi ocupación. A veces me apretujaba la cabeza entre las manos para contener mis ideas;

pero una sola aparecía claramente: la idea de la tristeza de la señorita Lefort. Sin cesar me preocupaba de la tristeza de mi maestra. Fontanet aumentaba mi curiosidad con extrañas referencias. Contaba que no se podía pasar por las mañanas delante del cuarto de la señorita Lefort sin oír gritos lamentables, mezclados con ruidos de cadenas.

—Recuerdo—añadía—que hace mucho tiempo, un mes quizá, leyó sollozando á toda la clase una historia que creemos estaba en verso.

Había en el relato de Fontanet una expresión de horror que me turbó. Desde entonces me entretenía pensando que aquel relato no era imaginario, por lo menos en lo de la lectura en alta voz, pero respecto á las cadenas que hacían palidecer á Fontanet, nunca he sabido nada, y supongo ahora que aquel ruido de cadenas era en realidad el ruido de la pala y de las tenazas.

He aquí lo que aconteció al día siguiente:

La señorita Lefort dió un golpe sobre la mesa con una regla para ordenar silencio, tosió y dijo con voz ronca:

—¡Pobre Juana!

Después de una pausa añadió:

«De las vírgenes de la aldea, Juana era la más hermosa».

Fontanet me dió un codazo en el pecho, riendo

sonoramente. La señorita Lefort le miró indignada; luego, con una voz más triste que los salmos de la penitencia, prosiguió la historia de la pobre Juana. Es probable, y hasta casi seguro, que aquella historia estuviera en verso del principio al fin, pero me veo obligado á contarla como la recuerdo.

Juana estaba desposada, había consagrado su fe á un joven y valiente montañés. Oswald sellaba aquel feliz pastor. Todo está preparado para el himeneo; las compañeras de Juana la llevan el velo y la corona. ¡Dichosa Juana! Pero un desmayo se apodera de todo su ser. Sus mejillas se cubren de una palidez mortal. Oswald descendiendo de la montaña y se precipita hacia la novia diciéndola: «¿No eres mi compañera?» Ella responde con voz apagada: «¡Querido Oswald, adiós! ¡Me muero!» Pobre Juana. La tumba fué su lecho nupcial, y las campanas del pueblo, que debían doblar alegres para su himeneo, doblaron para sus funerales.

Había en aquella narración muchas palabras que yo oía por primera vez, y cuyo significado no conocía; pero el conjunto me pareció tan triste y tan hermoso, que al oírlo sentí un estremecimiento ignorado: me revelaban el encanto de la melancolía unos treinta malos versos, cuyo sentido literal sería incapaz de explicar. Es que á me-

nos de ser un viejo, no se necesita comprender mucho para sentir mucho. Cosas obscuras pueden ser conmovedoras, y es muy cierto que la vaguedad es agradable á las almas jóvenes.

Las lágrimas brotaron de mi corazón, y Fontanet no pudo conseguir ni con sus gestos ni con sus burlas, contener mis sollozos. Sin embargo, yo no dudaba entonces de la superioridad de Fontanet. Ha sido necesario que le nombraran subsecretario de Estado para hacerme dudar.

Mis lágrimas fueron agradables á la señorita Lefort, que, llamándome á su lado, me dijo:

—Pedro Nozière, ha llorado usted; he aquí la cruz de honor. Sepa usted que he sido yo quien ha compuesto esta poesía. Tengo un cuaderno muy grande lleno de versos tan hermosos como éstos, pero no he hallado aún editor que los imprima. ¿No es esto espantoso y hasta inconcebible?

—¡Ah! señorita—la dije—estoy muy contento. Ya sé la causa de su pesar; quiere usted á la pobre Juana que murió en la aldea; y porque piensa en ella ¿verdad? está usted triste y no se entera nunca de lo que hacemos en clase.

Desgraciadamente estas palabras la disgustaron; pues mirándome muy enfadada me dijo:

—Juana es una ficción. Usted es un tonto. Délvame la cruz, y váyase á su sitio.

Me marché á mi sitio llorando. Aquella vez lloraba por mí, y confieso que aquellas lágrimas no tenían la dulzura que se había mezclado á las que Juana me arrancó. Aumentaba mi preocupación, la ignorancia de lo que serían las *ficciones*. Fontanet tampoco lo sabía.

Se lo pregunté á mi madre, cuando estuve de vuelta, en casa.

—Una ficción—me dijo mi madre—es una mentira.

—¡Oh! mamá; es una gran desdicha que Juana sea mentira.

—¿Qué Juana?—preguntó mi madre.

—De las vírgenes de la aldea, Juana era la más hermosa.

Y la referí la historia de Juana, tal y conforme la recordaba.

Mi madre nada respondió; pero vi que le decía al oído á mi padre:

—¡Qué vaciedades le enseñan á este niño!

—En efecto; torpezas enormes—dijo mi padre—. ¿Qué supones que pueda entender de Pedagogía una solterona? Tengo un sistema de educación que te expondré otro día. Conforme á mi sistema, es necesario enseñar á un niño de la edad de Pedro las costumbres de los animales, á los cuales se asemeja por los apetitos y la inteligencia; Pedro es capaz de comprender la fide-

dad de un perro, el desinterés de un elefante, las malicias de un mono; esto es de lo que debe hablársele, y no de esa Juana, de esa aldea, de esas campanas que no tienen sentido común.

—Es verdad—contestó mi madre—; los niños y los animales se comprenden muy bien; unos y otros viven á ras de tierra. Pero créeme, hay una cosa que los niños comprenden mejor que las malicias de un mono: son los hermosos actos de los grandes hombres. El heroísmo es claro como el día hasta para un niño; y si se le cuenta á Pedro la muerte del caballero Assas, la entenderá con la ayuda de Dios tan bien como tú y como yo.

—¡Ay!—suspiró mi padre— creo, por el contrario, que el heroísmo se concibe de diversas maneras, según los tiempos, los lugares y las personas. Pero no importa; lo esencial en el sacrificio, es el sacrificio mismo. Si el objeto por el cual se sacrifica uno es una ilusión, no por eso la abnegación deja de ser una realidad, y esta realidad es el más espléndido adorno con que el hombre puede engalanar su miseria moral. Hijita mía, tu natural generosidad te ha hecho comprender estas verdades mejor de lo que las comprendo yo mismo, ayudado por la experiencia y la reflexión. Las incluiré en mi sistema.

De este modo discutían el doctor y mi madre.

A los ocho días escribí por última vez en mi pizarra en medio del tumulto: «El hambre llevó á la tumba á Malfilatre, ignorado.»

Fontanet y yo abandonamos juntos el colegio de la señorita Lefort.

VI

TEUTOBOCHUS

No me parece posible ser un espíritu vulgar cuando le educan á uno en los muelles de París, frente al Louvre y las Tullerías, cerca del palacio de Mazarino, frente al glorioso río Sena que corre entre las torres, los torreones y las veletas del antiguo París. Ahí, desde la calle de Guene-gaud hasta la calle del Bare, los libreros de viejo, los anticuarios y los vendedores de estampas, despliegan en profusión las más bellas formas del arte, los más curiosos testimonios del pasado; cada escaparate, con su atractivo especial y su mezcla sorprendente, constituye una seducción para los ojos y para la inteligencia. El transeun-te que sabe mirar, siempre recoge alguna idea, como el pájaro se remonta con una pajita para su nido.

Puesto que allí hay árboles y libros, y pasan mujeres, es el mejor lugar del mundo.

En tiempo de mi infancia, mucho más que ahora, aquel mercado de curiosidad estaba abundantemente surtido de muebles antiguos, estampas,

cuadros y libros, aparadores tallados, jarrones de flores, esmaltes, lozas decoradas, telas brocha-das, tapices con personajes, ediciones lujosas. Aquellos agradables objetos se ofrecían á los afi-cionados entendidos y cultos, á los cuales no se los disputaban todavía los agentes de Bolsa, ni las actrices. Nos eran familiares á Fontanet y á mí, cuando llevábamos aún cuello vuelto, panta-lón corto y las piernas al aire.

Fontanet vivía en la esquina de la calle Bona-parte, donde su padre tenía su despacho de abo-gado. La casa de mis padres estaba situada junto á una de las alas del hotel de Chimay. Fontanet y yo éramos vecinos y amigos. Al ir los dos jun-tos los días de vacaciones á jugar á las Tullerías, pasábamos por aquel docto muelle Voltaire, y allí caminando con un aro en la mano y una pelota en el bolsillo, mirábamos las tiendas como unos vie-jos y formábamos á nuestro modo conceptos acer-ca de aquellas cosas raras que provenían del pa-sado, del misterioso pasado.

Sí; callejeábamos, observábamos, lo curioseá-bamos todo.

Aquello nos interesaba mucho. Pero debo decir que Fontanet no sentía como yo respeto á las an-tigüedades. Se reía de los viejos platos, y de los santos obispos que tenían la nariz rota. Fontanet ya era entonces el hombre del progreso á quien

han oído ustedes en la tribuna de la Cámara. Sus irreverencias me hacía estremecer. No me gustaba que llamase caras de pipa á los erguidos bustos de los antepasados. Yo era conservador. Me queda algo de ello, y toda mi filosofía no me ha hecho perder la estimación á los viejos árboles, y á los curas de pueblo.

Me diferenciaba además de Fontanet en cierta inclinación á admirar lo que no comprendía. Adoraba los enigmas y casi todo me parecía un enigma. Fontanet, por el contrario, sólo disfrutaba examinando un objeto cuyo uso pudiera explicarse. Decíame: «Ves, tiene una charnela: esto se abre. Tiene un tornillo: se desmonta.» Fontanet disfrutaba de un talento claro. Debo añadir que era capaz de entusiasmarse mirando los cuadros de batallas: *El paso de la Berezina* le producía gran emoción. La tienda del armero nos interesaba á uno y otro. Cuando veíamos entre lanzas y tarjas, corazas, rodela y al señor Petit Prêtre vestido con un delantal de jerga verde, irse cojeando como Vulcano, á buscar en el fondo del taller una espada antigua que luego dejaba sobre el banco sujetándola para limpiar la hoja y arreglar la empuñadura, estábamos plenamente convencidos de que asistíamos á un gran espectáculo. El señor Petit-Prêtre nos parecía un gigante. Permanecíamos mudos, pegados al cristal. Los negros

ojos de Fontanet brillaban y toda su menuda fisonomía se animaba.

Por la noche aquel recuerdo nos exaltaba mucho y formábamos mil proyectos entusiastas en nuestras cabezas.

Fontanet me dijo una vez:

—¡Si con cartón y el papel de plata que cubre el chocolate hiciéramos armas semejantes á las de Petit-Prêtre!...

La idea era hermosa. Pero no conseguimos realizarla convenientemente. Yo hice un casco que Fontanet confundió con el gorro de un mago.

Entonces dije:

—¿Y si fundásemos un museo?

—¡Excelente idea! Pero por el momento sólo podíamos poner en nuestro museo medio ciento de bolas y una docena de trompos.

Al oír esto Fontanet, tuvo una tercera inspiración y exclamó:

—Compongamos una *Historia de Francia* con todos los detalles, en cincuenta tomos.

Aquella proposición me encantó, y la acogí con palmadas y gritos de alegría. Convinimos en que la comenzáramos al día siguiente por la mañana, á pesar de tener que aprendernos una página del *De viris*.

—¡Todos los detalles!— repetía Fontanet—. ¡Hay que poner todos los detalles!

También yo lo comprendía así. ¡Todos los detalles!

Al acostarme aquel día, estuve un cuarto de hora sin dormir; tanto me preocupaba el pensamiento sublime de una *Historia de Francia* en cincuenta volúmenes con todos los detalles.

Comenzamos aquella historia. No sé por qué la comenzamos por el rey Teutobochus. Pero tal era la exigencia de nuestro plan. Nuestro primer capítulo nos puso en presencia del rey Teutobochus, que tenía treinta pies de altura, como puede uno cerciorarse midiendo los huesos encontrados por casualidad. ¡En el primer intento afrontar un gigante de tal magnitud! El encuentro era terrible. El mismo Fontanet se admiró.

—Hay que pasar por alto á Teutobochus—me dijo.

Yo no me atrevía.

La *Historia de Francia* en cincuenta tomos, se quedó en Teutobochus.

¡Cuántas veces he visto desde entonces repetida la aventura del libro y el gigante! ¡Cuántas veces al momento de comenzar una grande obra, ó de dirigir una vasta empresa, me he detenido por un Teutobochus, llamado vulgarmente suerte, casualidad, necesidad! He formado la resolu-

ción de bendecir á todos los Teutobochus que, cerrándome el accidentado camino de la gloria, me han entregado á mis dos fieles guardianes, la obscuridad y la medianía. Me son gratas las dos y me quieren. Es menester que las corresponda.

En cuanto á Fontanet, mi sutil amigo Fontanet, abogado, consejero de Estado, administrador de varias Compañías, diputado, es una maravilla verle escurrirse y correr por entre las piernas de todos los Teutobochus de la vida pública contra los cuales yo, en su lugar, me hubiera roto mil veces las narices.